



Autor: Daguita.

Por voluntad propia, y a veces por obligación, he visitado lugares que recuerdan la debilidad y fragilidad del ser humano. Uno de esos lugares es el hospital L.B. de Guayaquil. Allí encontré un escrito muy viejo, manchado y maloliente que decía así:

Miércoles 14



D.M. Espero que algún día este papel llegue a tus manos...

Charles recuerda que en su sucia y vieja sala había una única ventana, la cual enmarcaba una delgada y seca rama. La madrugada del martes le despertó su vejiga para atestiguar cómo el viento asesinaba aquella melancólica pintura, su favorita. Entonces él presintió que algo sucedería.

En aquella sala estábamos los enfermos de tuberculosis. Charles solo socializaba conmigo. Él siempre me decía que yo era su fuente de sensaciones y sueños. Y yo creo que aunque cursi, estaba siendo sincero porque mis huesudas manos solían acariciar su inexpresivo rostro hasta conseguir en él el gesto buscado; mis abrazos, aunque sin energía, abrigaban su cuerpo frío como el viento de la noche; mis besos le animaban a aprender nuevas emociones y mis palabras, aunque en tono débil, le daban motivos para luchar por su vida. Pero como no todo es para siempre, aquellos bellos momentos tenían que terminar algún día.

La madrugada del martes, él se levantó para ir al baño, pero un ser indistinguible gracias a la

oscuridad, se le adelantó. Él pensó que se trataba de algún guardia con urgencias, pero pronto sabría que estaba equivocado.

Siendo las 07:30 am supo la verdad: la muerte había regresado por otro de nosotros. Ella se llevó a la única persona que estuvo con él en su difícil enfermedad. Se llevó a su única amiga. Y aquello le afectó hasta el alma.

Ya son las 10:00 am, la hora de la prueba de esputo y él sigue bajo la ventana en posición fetal, llorando. Lloro por una gran pérdida y lloro de miedo. Lloro porque se siente culpable, y no lo es.

Ya es miércoles y él no está por ningún lado del hospital, ¿Se ha fugado? No entiendo por qué lo ha hecho sin completar su tratamiento de 6 meses.

Me resulta incomprensible su decisión si el lunes él había estado junto a mí mientras las horas pasaban entre tos, palabras y risas hasta perdernos en la oscuridad de la sala. En esa oscuridad en la que ya no había nada más que ver sino lo que la luz de la luna permitía: el viento empujando fuertemente y repetidas veces la débil y seca rama a riesgo de romperla. Tal vez me mintió cuando me decía que se curaría para cumplir sus sueños y el mío.